Flujos y reflujos: cuerpo, enfermedad y linfa en Armonía Somers

AGUSTINA IBAÑEZ

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA (UNMDP)

CENTRO DE INVESTIGACIÓN SOBRE ARCHIVOS Y LENGUAJES (CIAL)

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOBRE SOCIEDADES, TERRITORIOS Y CULTURA (ISTEC)

agustinaibanez@mdp.edu.ar

1. Exordio

1. En *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*, novela publicada por primera vez en 1986 por Legasa, la escritora uruguaya Armonía Somers (1914-1994) expone al lector ante una escritura excesiva y fragmentaria que tematiza sobre un cuerpo y la vivencia de un estado de descomposición¹. Las contracciones, expansiones, mutaciones y fluidos del organismo enfermo de Sembrando Flores, protagonista de la historia, van contagiando el discurso hasta tornar indisoluble el binomio palabra/cuerpo. Pues, y tal como lo entrevió Dalmagro (2009), las prácticas médicas que llevan al vaciamiento y a la fragmentación corporal tienen su correlato en la materia textual. De este modo, la escritura de *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* adviene, en términos metafóricos, corriente de linfa o bien, y al decir de Kantaris (1995), una logorrea o linforrea: fluido inconexo, acelerado y heteróclito en el que se entremezclan y conviven historias, recuerdos, tiempos y voces. La enfermedad usurpa el cuerpo, lo despedaza y lo multiplica, al tiempo que conduce al sujeto a construir en la palabra un nuevo modo de existencia. Surge, así, una anatomía escritural acéntrica producto de la sumatoria de alusiones, citas y glosas provenientes de otros textos que, a modo de injertos (Derrida, 1975), expanden la historia narrada.
2. Por lo expuesto, a las ya sabidas etiquetas de “novela monstruo” (Pera San Martín, 1990) y “novela testamento” (Penco, 1990) que la crítica no tardó en proferir para caracterizar “el proyecto total” (Gandolfo, 1988) que

1 Armonía Somers es el pseudónimo bajo el cual la pedagoga y maestra uruguaya Armonía Etchepare Locino de Henestrosa (1914-1994) desarrolló su obra literaria.

Somers se propuso realizar con *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*, cabría añadir el de “novela-cuerpo” que con lucidez perfiló Ana María del Sarto (2016) en un intento fugaz de nombrarla. Pues, además de autobiográfica, postmoderna o memorialística, esta obra que la propia autora definió como “la caja negra” (Delgado Aparain, 1989) de su escritura, se levanta como una anatomoescritura en la que los órganos, las excreciones corporales y las intervenciones médicas que padece el organismo de Sembrando Flores se replican sobre la materia textual al punto de transformar las palabras en carne y en linfa.

3. Desde un enfoque teórico-crítico postestructuralista y a partir de una metodología de análisis textual, el presente artículo se propone indagar en las características que construyen el cuerpo de la protagonista de *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* como un organismo disruptivo respecto del orden social, político e ideológico establecido². Se intentará demostrar que esta zona de inadecuación está dada por dos aspectos. Por un lado, por el tipo de enfermedad que padece y, por otro lado, por el desconocimiento que el discurso médico posee para su tratamiento. Además, y focalizando en su padecimiento, se estudiarán las expulsiones de la corporalidad de Sembrando Flores como formas de resistencia a la idea de cuerpo como organismo cerrado. Pues, no sólo llevan a la vivencia de una inestabilidad subjetiva y de una multiplicidad yoica que fractura la unicidad del cogito cartesiano, sino que su cuerpo enfermo y descompuesto se emplaza en una zona de exclusión respecto de los discursos de poder que operan dentro de la sociedad representada. De este modo, sus fluidos corporales funcionan como un modo de oponerse y liberarse del encierro y la opresión que la institución hospitalaria provoca.

2 Si bien las problemáticas abordadas ya fueron parcialmente trabajadas por la crítica desde un enfoque autobiográfico o exclusivamente feminista -véanse, por ejemplo: Zanetti (1995, 1997, 2002); Musto (1997); Calafell Sala (2010, 2011); Dalmagro (2006, 2009); Mailhe (1995, 1997, 2000); Kantaris (1995)-, se considera que la contribución de este artículo reside en el marco teórico elegido para su abordaje. En rigor, los aportes que Jean-Luc Nancy, Jacques Derrida, Michel Foucault, Iyonna Bordelois, Julia Kristeva, Gilles Deleuze y Félix Guattari han realizado en torno al cuerpo resultan insoslayables para ahondar en la novela de Somers.

2. Cuerpos enfermos: exclusión, poder y resistencia

4. Desde las primeras páginas de *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*, Sembrando Flores, la protagonista de la historia narrada, es descrita como un sujeto que padece una anomalía corporal extravagante llamada Quilotórax³. Esta enfermedad, caracterizada por la acumulación de líquido linfático entre el pulmón y las paredes torácicas, ubica a su corporeidad en una doble exclusión.
5. En primera instancia, y en tanto cuerpo-enfermo, su marginación está dada por su padecimiento. Su cuerpo no es un cuerpo-sano sino que, y debido a su afección, se diferencia de todo estado de perfección, belleza y sanidad. A este estado de marginalidad que le otorga la enfermedad, pues estar enfermo es poseer un organismo defectuoso, se añade la zona de subyugación y subordinación que, desde una mirada falocéntrica (Derrida, 1975), le otorgan los atributos femeninos de su organismo. En rigor, frente a los cuerpos masculinos y sanos que en el marco de la novela encarnan el discurso médico y cientificista ligado al poder y a la autoridad, Sembrando Flores emerge como un individuo doblemente excluido por dos atributos que conciernen a sus particularidades anatómicas y físicas: es mujer y está enferma.
6. En segundo término, la exclusión se desprende de la rareza de su padecimiento. Aspecto, este último, que la expulsa a su vez del grupo de los cuerpos-enfermos por no cumplir con los requisitos que hacen a su síndrome manejable, tratable o explicable. Esta peculiaridad la arrastra a una pérdida de identidad hasta adquirir para los especialistas de la salud la mera nominación de “El Caso” o “el simple Caso” (Somers, 1986)⁴. El sus-

3 Armonía Somers padeció esta extraña enfermedad durante su vida. Entre otros elementos, este aspecto llevó a la crítica a observar la vertiente autobiográfica de esta novela. Cfr. María Cristina Dalmagro (2009).

4 Si bien la edición de 1986 de Legasa de *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* posee notorias erratas editoriales, se opta por citar en este trabajo la primera edición de la novela en todos aquellos casos que, luego de haber cotejado los pasajes con la edición de 1988 de Península y con la de 2010 de El cuenco de Plata, no presenten errores que conduzcan a problemas interpretativos, tal como ya ocurrió con los trabajos de Coll (2002), Miramontes (2005), Niebyski (2004) y Barrantes (2015). Para una profundización en estos aspectos, véase: Ibañez (2023). En relación a las erratas editoriales, Somers le menciona a Noemí Ulla en una carta que le escribe un 24 de octubre de 1985 su furia por los errores del texto. Acto seguido sostiene que “lo que debió suceder es que la Editorial no tiene una persona exclusivamente con el oficio de corrector. Y en ese caso la culpa es mía: debí pedir pruebas de página” (A. Somers, “Carta a Noemí Ulla”, Montevideo, 24 de octubre de 1985, párr. 3 (carta manuscrita inédita)).

tantivo “caso”, seleccionado como sobrenombre o reemplazo del nombre propio, alude desde su etimología latina proveniente del término *casus*, a un suceso o a una circunstancia fortuita y/o desagradable (*cf.* Diccionario *Vox*). El uso de mayúsculas, contrariamente a darle importancia, potencia su carácter de fenómeno clínico, un modelo distintivo que genera atracción o interés dentro del hospital en el cual se encuentra internada. Vale recordar que, desde la jerga médica, la palabra “caso” se vincula a la exposición detallada del estado de salud, la sintomatología y el tratamiento aplicado a un paciente que padece alguna dolencia que excede o cuestiona los conocimientos científicos. Los casos clínicos, por el desafío que suscitan, contribuyen en la formación de los médicos y el descubrimiento de nuevas enfermedades. Sin embargo, y más allá del avance que puede generar para la ciencia la irrupción de un individuo cuyo síndrome desborda sus saberes, el sujeto que presenta los signos de la enfermedad, producto de la medicalización y la mirada clínica, es subsumido a ella pasando a ser un objeto. En el personaje de *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*, el uso de la jerga médica “caso” genera una cosificación que implica dos aristas. Por un lado, una animalización, recuérdese la etiqueta “conejo de indias” (Somers, 1986; 38); y, por otro lado, una reducción de su yoidad a partes orgánicas de su cuerpo: un tórax, unos pulmones. Dentro del sanatorio, ella no es más que un Quilotórax o bien, un organismo en su sentido más fisiológico y maquínico. Producto de la sustitución de su(s) nombre(s) por la enfermedad que la atraviesa, el personaje adviene ente subyugado a su propio padecer. En lugar de ser un individuo-enfermo, la protagonista es la enfermedad misma. Es decir, de un yo que funciona como soporte o terreno en el cual la dolencia se manifiesta pasa a ser el síndrome mismo. Su yoidad es la enfermedad. No está enferma sino que es enferma. De ahí, la adjudicación de los otros designadores no-rígidos que surgen para aludirla: “el Quilotórax”, “la enferma”, la “Señora del Quilotórax”. Por consiguiente, y en contraposición a Ivonne Bordelois (2016), quien señala que el verbo *tener* da cuenta de que las enfermedades “nos tienen, nos poseen, nos invaden” (Bordelois, 2016; 125-126; bastardillas en el original), en la protagonista de *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* es su ausencia y la sustitución del nombre por la enfermedad lo que marca la radical posesión del individuo. En todo caso, la distancia de definir al personaje somersiano como un sujeto que tiene un Quilotórax y llamarse o ser un Quilotórax radica en la posibilidad de acción y en el grado de aminoramiento del yo sobre la enfermedad producida por

su propio cuerpo. Mientras que tener una enfermedad o no tenerla marcaría el reconocimiento del cuerpo como parte de un sí-mismo sobre el que el individuo tiene potestad, hecho que impediría y limitaría el margen de acción de los médicos, la homologación o el reemplazo del nombre del sujeto por el nombre de la enfermedad clausura toda posible acción y dominio sobre sí (Foucault, 2006)⁵. Esta última opción, la coerción, es la que ejecuta la palabra médica en la novela de Somers: al nombrar a la mujer como “el Quilotórax” los médicos anulan las facultades y los derechos que el sujeto tiene. Nótese, al respecto, el sometimiento del individuo hacia la enfermedad que trasluce el uso de la “Señora del Quilotórax”. No solo pierde su nombre propio, aspecto que marca el uso del “señora” sino que se transforma en la mujer-esposa del Quilotórax. Es decir, su vínculo literario se sustituye por uno patógeno pasando a estar subsumida y circunscripta por la afección.

7. Ahora bien, al tratarse de un cuerpo enfermo y raro en su síndrome, Sembrando Flores es ubicada en una habitación individual bajo la advertencia de ser una paciente que requiere atención permanente:

Y eso era lo que también tenía de bueno estar así, una amnistía indeterminada cuyo origen parecía partir de la cubierta de la historia clínica donde, escrito en diagonal y con la letra irreductible de los médicos, dijera: Caso único, habitación individual, atención permanente (Somers, 1986; 14).

8. Lejos de remitir a un estado de privilegio, el espacio propio que posee dentro del hospital dista de ser un beneficio o un intento de protección sobre su cuerpo. Más bien, y debido a sus peculiaridades, se asocia a un amparo de los cuerpos-sanos y de los otros cuerpos-enfermos dentro de límites entendidos como “normales” o “controlables”, que a su propia existencia. Por consiguiente, su encierro, en términos foucaultianos, se liga más al disciplinamiento y a la vigilancia (Foucault, 2002) de su insurrección corporal en pos de evitar la expansión del peligro sobre la totalidad de la sociedad que a un interés genuino por salvaguardar al enfermo. En rigor, la protección de los médicos recae más en un cuidado de su sí-mismo que en el de la persona sufrente.

5 Se sigue, aquí, la explicación que Foucault (2006) establece sobre las prácticas-de-sí o dominio-de-sí para aludir al control y el poder que el individuo tiene sobre su accionar. Es decir, la posibilidad de gobernarse a sí mismo, condición necesaria para gobernar a otros.

9. Para ella, en tanto objeto de inspección y estudio, el hospital en el cual está internada es “un pabellón lleno de olor a miedo” (Somers, 1986; 25) o, irónicamente, “un sanatorio de cinco estrellas, especie de prisión experimental donde los crímenes quedan impunes” (Somers, 1986; 147). La palabra “pabellón”, propia de la jerga militar y utilizada para hacer referencia a una tienda de campaña, sintetiza la hostilidad y el grado de sumisión que la protagonista experimenta frente al contexto que la rodea. El uso del término prisión, por su parte, describe el hostigamiento y la sensación de clausura que caracteriza su internación pues allí adentro, dirá en otra oportunidad, “los días [...] no tienen relación con el calendario, se multiplican con otro régimen en el alma y los huesos” (Somers, 1986; 117).
10. Las metáforas espaciales que Sembrando Flores utiliza para nombrar el lugar en el cual se encuentra se asocian al temor y la subyugación que siente frente a aquellos que dicen y creen tener el control sobre su existencia. Recuérdese, tal como lo afirma Bordelois (2016), que los médicos, los militares y los sacerdotes se han visto a sí mismos y han sido concebidos por los demás durante años como los dueños de la vida y la muerte. De este modo, el encierro que espacialmente experimenta Sembrando Flores tiene que ver con lo territorial pero, sobre todo, con encontrarse atrapada en y frente al discurso y la mirada ajena de esos “otros” que por poseer cuerpos sanos y, además, por ser médicos y formar parte de un colectivo científico que los ampara, se ubican en el lugar del saber y la verdad.
11. Por consiguiente, la corporalidad de Sembrando Flores no solo se enfrenta a lo masculino sino y, sobre todo, a la sanidad y a los patrones que configuran las enfermedades como habituales o esperables. Por consiguiente, y en palabras de Deleuze y Guattari (2004), su cuerpo se levanta como una línea de fuga que escapa a toda estructura de clasificación y dominación. Por un lado, su organismo se aleja de la imagen de sanidad que propone la filosofía cartesiana y mecanicista. A saber: la idea de que un cuerpo sano, al igual que una máquina, es aquel cuya dimensión física y orgánica funciona de manera óptima. Por otro lado, infringe los términos que, según la Organización Mundial de la Salud, rigen la sanidad. Esto es: el bienestar físico, mental y social más allá de la presencia o la ausencia de una enfermedad. El constante uso de fármacos como contraataque a la silenciosa e insistente invasión de la enfermedad (Sontag, 1977) sobre el cuerpo de Sembrando Flores, junto a la opresión y el sufrimiento que representan en ella la internación y el sometimiento a prácticas médicas, imposi-

bilita pensar su organismo como un cuerpo-sano o perfecto. A lo dicho, se añade la alteración que su corporalidad muestra en relación con la definición que, desde la química y la filosofía aristotélica se le otorga a la materia. En rigor, y si todo cuerpo es una porción limitada de materia, Sembrando Flores, debido a la profusa emanación de linfa que sale de su organismo, vendría a quebrantar las nociones de límite y borde como formas de contención que dividen un afuera de un adentro, un interior de un exterior, lo propio de lo privado. En otras palabras, su cuerpo-enfermo, supurante y secretor quiebra la ley de impenetrabilidad de los cuerpos haciendo que el sanatorio, pero también el mundo y la ciudad en la que se emplaza, se contagien y se llenen de linfa, sustancia putrefacta, abyecta, diría Julia Kristeva, “que no cesa, desde el exilio, de desafiar al amo” (Kristeva, 1988; 8), de “perturba[r] una identidad, un sistema, un orden” (11). Y es precisamente el cuerpo, entendido como una espacialidad y una materia bordeada, lo que es desorganizado y corrompido dando cuenta de que, a diferencia de la propuesta psicoanalítica de Freud y Lacan, se puede ser y tener un cuerpo fragmentado. Pues ésta es la forma, o al menos una de las tantas posibles, que Sembrando Flores encuentra para subvertir la apropiación que el discurso médico hace de ese organismo que antes de ser mutilado por sus prácticas estaba enfermo pero cerrado, limitado y unificado. De este modo, y en contraposición a la reclusión en la que su enfermedad la aprisiona y a la palabra médica que intenta ceñirla a los parámetros de la sanidad, la protagonista se expande, fluye y eclosiona librándose de todo aquello que la apresa tanto psíquica como corporalmente. Si la coerción mental, tal como lo advirtieron Zanetti (2010), Musto (2005) y Dalmagro (2009), logra ser sorteada a partir del fluir de conciencia, de los recuerdos, de la literatura y de la escritura; podríamos afirmar que la sujeción corporal, puede esquivarse gracias a la expulsión de fragmentos corporales⁶. En suma, la limitación espacial del hospital será quebrada a partir de la anulación del límite físico del cuerpo mientras que, la clausura temporal del aquí y ahora de la enfermedad que supone la internación será vencida a partir de los múltiples

6 Dalmagro señala las siguientes estrategias autodefensivas que Sembrando Flores utiliza para “batallar” contra la enfermedad: “la memoria (volver atrás las agujas del reloj), el desborde discursivo (palabras que estallan al igual que su linfa), la fabulación (dar cuerpo y vida en el presente a personajes y anécdotas fantásticas), el humor negro ante situaciones críticas [...], el grito de ¡Pobre mi hijo Escolástico! que une a la protagonista con Abigail y, por sobre todo, como estrategia privilegiada, la lectura del folletín materno y la escritura de su Cuaderno y cartas testamentarias (2009; 229).

tiempos que, Sembrando Flores, superpone a partir de sus prácticas rememorativas y los sucesos de su historia personal.

12. Ahora bien, la excepcionalidad que signa a su cuerpo-enfermo provoca que se transforme en materia de estudio del discurso médico: “El Caso”, nombre que recibe por los profesionales de la salud, debe ser comprendido. Los cirujanos, ubicados en el lugar de sujetos del saber y la verdad, intentarán cancelar dicha anomalía buscando explicaciones y ejecutando procedimientos clínicos (toracocentesis, biopsias, inyecciones, etc.) que atrapen y disciplinen a ese cuerpo que físicamente se escapa de lo reglado⁷. Sin embargo, y tal como se afirma en el siguiente pasaje, el padecimiento de Sembrando Flores excede sus conocimientos perdiendo así ese lugar de semidioses que los caracteriza: “un equipo de médicos anda en pos de la casuística, pero todavía no se acierta sobre lo que irá a hacerse” (Somers, 1986; 19).

13. Pese a que la paciente sabe que ellos no saben nada sobre su cuerpo, la soberbia médica les impide rebajarse de ese lugar de dioses/brujos en el que la sociedad los ha ubicado, pues es a ellos a quienes discursiva y simbólicamente se les ha dado el poder de manipular la vida y la muerte. De este modo, y más allá de desconocer lo que ocurre en el cuerpo de Sembrando Flores, son ellos los que producen y controlan lo que se dice y lo que no se dice, lo que se conoce y se desconoce de él. En efecto, y apelando a Foucault (1996), actúan como una “sociedad de discurso” en la medida que se apropian de la información que recopilan del cuerpo de la enferma y no lo intercambian más que con individuos que también forman parte de su cofradía. En otras palabras, hay una negación al enfermo, al doliente, debido a la no explicación de la enfermedad, a la utilización de una jerga propia que limita la comprensión del auditorio y a la poca claridad para transmitir lo que acontece y se practica sobre y en su cuerpo.

. . O sea que si lo que yo pienso proviniese de un desequilibrio en los grasos a causa de alguna lipectomía que, aun no figurando en este esperpento de hoja clínica, se hubiera practicado [...]

- El desperfecto es mecánico - aclaró el titular sobriamente.

- Sea como sea, yo voy a las posibles causas que van quedando a mano, no a los cojudos efectos devenidos o a devenir.

[...]

- ¿Y cuál va a ser tu temperamento en estos treinta días?

7 Por disciplinamiento se entiende, siguiendo a Foucault (2007), a todo aquel poder discreto que funciona en red y se hace visible en la docilidad y sumisión de aquellos sobre los cuales se ejerce.

- Que basta ya de toracocentesis, son una verdadera expoliación. Primeramente las reduciré a siete días, luego a catorce, y al fin a lo que ella aguante. Pero si es lo que se me ha puesto en la cabeza, voy a administrar varias endovenosas diarias de [...] (Somers, 1986; 38; los corchetes constan en el original)

14. El médico no sólo deviene brujo por poseer (o creer que posee) la capacidad indiscriminada de salvar a otro, sino que su palabra adquiere el estatuto de palabra mágico-religiosa en la medida que debe ser sometida a desciframiento para su comprensión. Por consiguiente, el cuerpo de Sembrando Flores/El Caso/Fiorella se transforma en un cuerpo colectivo. Un cuerpo sometido a la experimentación que, por carecer de sanidad, deviene impropio. Su organismo deja de ser algo individual para tener existencia a partir de la ajenidad, de la lectura y el control que de él hacen los sujetos portadores del saber.
15. Los corchetes que aparecen en el fragmento citado representan gráficamente aquellos momentos en los que Sembrando Flores deja de oír lo que dicen y comentan los médicos sobre las prácticas que llevaron a cabo sobre su cuerpo. Más allá del intercambio y el debate que genera entre los presentes “El Caso”, llama la atención la falta de empatía y la poca información que se le brinda al enfermo sobre las técnicas de las que hablan. Por ejemplo, la “lipectomía”, la “toracocentesis” o las endovenosas que indican querer aplicarle. El intercambio termina siendo, más que una conversación con Sembrando Flores, una charla en la que ella es insignificante. Para los médicos, el cuerpo-enfermo no es, siquiera, un oyente ni un destinatario de sus palabras. De este modo, cobra importancia la nomenclatura que, desde la jerga médica, se utiliza para nombrar a todo aquel que recibe una atención clínica. Lejos de ser un individuo o un sujeto, Sembrando Flores es una “paciente”: alguien que espera a otro. La pasividad que connota este término da cuenta del lugar objetual y de la asimetría que se establece entre médico-enfermo pues, y como afirma Bordelois, “vela inoportunamente la noción de responsabilidad sobre el propio cuerpo, y coloca al enfermo en una posición de víctima que no hace más que debilitarlo” (Bordelois, 2016; 124).
16. La distancia entre médico-enfermo se enfatiza aún más, al reparar en el desconocimiento que la mujer tiene sobre las prácticas que le realizan:

el doctor Nessi, no bien dio el primer golpecito entre dos dedos en mi espalda cargó conmigo. Y en una vuelta del tinglado giratorio en el que se estaba representando todo aquello, vine a dar aquí donde se supo al fin lo que era la toracocentesis para la evacuación del derrame (Somers, 1986; 25).

17. La toracocentesis, procedimiento que consiste en realizar una incisión para drenar el líquido acumulado en la cavidad pleural, es conocida por Sembrando Flores en el mismo momento en el que la vivencia. Esta situación exhibe y da cuenta de la subestimación y la cosificación que los médicos establecen sobre ella y, además, del grado de mansedumbre que adopta.
18. A la violencia que implica ejercer sobre otro una práctica que desconoce, se añade lo que provoca en el cuerpo de Sembrando Flores y en su subjetividad esta exposición incesante ante la experimentación que los médicos ejecutan sobre su cuerpo:

Y en adelante una historia vertiginosa de días y de noches pegadas entre sí y ella en el centro del remolino, y una muestra de pleura saliendo en la punta de un taladro para saber qué tal ahí, y un pedazo de hígado, y vías digestivas, trague, trague esta pasta, ¿gusto a pared?, trague igualmente, y riñón, resista la presión sobre su vientre, resista, y mamas, isuelten Edipos suelten! (Somers, 1986; 26)
19. O bien:

quedaré dividida en dos en el quirófano, y si realmente llegan a tener la oportunidad de hacerlo me coserán luego con la cara para atrás y el pelo hacia delante, eso sería la perfección de lo monstruoso, una última esperanza de conquista (Somers, 1986; 162).
20. Como un desacomodamiento de la imagen corporal integrada y armónica que tiene lugar en el estadio del espejo (Lacan, 2003), el cuerpo de Sembrando Flores aparece escindido en miembros inconexos: pedazos de hígado, riñones, vientre, mamas, vías digestivas. La exposición ante el otro, la intervención de la palabra ajena (Bajtín, 2012) lejos de provocar una organización corporal, lo desintegra provocando que el organismo de la mujer-enferma se levante como puro exceso: abundancia de líquido putrefacto, exageración de dolencias, acumulación de recuerdos, de literatura, de palabras, de fragmentos y órganos sueltos. A su vez, y de modo inverso a Rebeca Linke (Somers, 1950 y 1966) quien en su (auto)decapitación encontraba su independencia y la conquista corporal, Sembrando Flores vivencia el desmembramiento que otros ejecutan sobre ella, desde la angustia y el temor. Pues, y a diferencia de Rebeca, mujer que avanza hacia adelante y mirando al frente, Sembrando Flores anticipa que la reorganización corporal que la medicina va a brindarle luego de la operación se ligará con lo monstruoso: un torso con una cabeza observando hacia atrás, hacia el pasado, metáfora de la imposibilidad de continuar o seguir andando.

21. El desmembramiento que padece despierta, también, el extrañamiento ante su propia materialidad. Sembrando Flores indaga y pregunta sobre las sustancias que ella misma emana: “¿Y si hay todavía órganos en el cuerpo, y si no los hay ya qué es esto que sale de adentro mío?” (Somers, 1986; 35). Más allá de la definición que los médicos pueden dar sobre esta duda que presenta para ellos la enferma, el enrarecimiento que Sembrando Flores experimenta radica en la dificultad que el individuo ostenta para poder representar su propio cuerpo. Pues, y si como dice Jean-Luc Nancy (2016), los cuerpos ocupan un espacio y son una exterioridad que puede tocarse siempre desde afuera, ¿qué entidad otorgarle a todo lo que se encuentra dentro de ellos? ¿Cómo representarse, entonces, aquello que siempre se mantiene invisible para el individuo como lo son, por ejemplo, sus vísceras, sus pulmones? De algún modo, las prácticas médicas ejecutadas hacen que el sujeto adquiera dimensión de la extensión de su propia realidad material. En todo caso, su cuerpo no sólo es la estructura anatómica que la piel exhibe y muestra sino una acumulación de pedazos internos, supurantes, sangrantes y unidos entre sí.
22. El cuerpo de Sembrando Flores, lejos de ser impenetrable e inviolable, se muestra abierto e infinito. El hermetismo y la contracción que caracterizan a todo organismo se transforman, en ella, en expansión provocando que los órganos, los fragmentos y los pedazos expulsados hagan rizoma (Deleuze y Guattari, 2004) con el mundo. Es decir, se conecten y circulen de modo zigzagueante y helicoidal anulando taxonomías, clasificaciones y toda idea jerárquica de sistema como lo es, por ejemplo, la noción anatómica de cuerpo. Pues lejos de mantenerlo encerrado dentro de la piel, ese borde que diferencia un cuerpo de otro y que sujeta los límites que definen la anatomía, se expulsa a partir de la linfa que emana. Al decir de Niebylski, la corporalidad de Sembrando Flores se transforma, debido a la imposibilidad de “contener sus propios flujos, [en] un cuerpo capaz de violar los límites de otros cuerpos” (2006; 259). Y es precisamente en esta expulsión, en esta excreción que “se espacia [...] y se escribe como cuerpo: espaciado, es cuerpo muerto; expulsado, es cuerpo inmundado” (Nancy, 2016; 75). Pero, sobre todo, es por el espasmo de la inmundicia, de aquello que contamina y enferma, que el cuerpo se hace existente. De algún modo, podría afirmarse que en Sembrando Flores no es el dolor de una medicina que la tortura y la mutila lo que le otorga la conciencia de su propia materia corpórea, sino su desperdicio. De este modo, y al igual que sus recuerdos y

su imaginación, su cuerpo putrefacto e infectado recorre el hospital, la ciudad y las calles a partir de las máquinas que succionan su interior y que traspasan a tubos y a caños lo nocivo de su cuerpo.

23. Por consiguiente, y al igual que las otras protagonistas de las novelas de Somers, la corporalidad de Sembrando Flores también se presenta como un terreno de lucha y resistencia. Pues, y más allá de ser reorganizada o disciplinada por el discurso médico, encuentra y construye lugares a los que la mutilación y la extirpación médica no pueden llegar. Es en la Literatura y en la escritura de sus Cuadernos, aunque también en su imaginación y en sus incesantes rememoraciones, en el líquido que expulsa y desecha, en donde se enfrenta y se deconstruye (Derrida, 1997) el poder del discurso científico. Pues, y más allá de ofrendar su cuerpo a las prácticas médicas, ella desconfiará y pondrá en duda sus posibilidades de sanación entronando, frente a ellas, los saberes populares, las medicinas alternativas, las plantas mágicas, la adivinación. Frente al discurso que por antonomasia se rige por la Razón y el uso de estrictos métodos científicos, Sembrando Flores apelará para curar o buscar la explicación de su padecimiento a la espiritualidad, la ficción, la invención, el arte, el azar o las vivencias de su infancia logrando que la ciencia y sus discursos pierdan su estatuto de verdad y poder.

3. Colofón: del yo des(h)echo, sustancia, cuerpo

24. El recorrido realizado permite conjeturar que las diferentes intervenciones que padece la protagonista de *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* la llevan a una división subjetiva y a una vivencia y concepción de su propio yo como cuerpo. Es decir, su subjetividad se aleja de una mera instancia psíquica/pensante para ser concebida, en términos de Freud, como “la proyección de una superficie” (1923; 27). De este modo, el sujeto somersiano se abre hacia lo somático.

Porque ellos se fueron dejando en el suelo un gran frasco conectado a mi cuerpo y tuve que verlo todo de reojo, el **cómo iba saliendo yo de mí en forma de un líquido lactescente, espeso**, que por momentos obstruía el catéter y luego era empujado desde adentro por alguien a su placer y a mi cargo (Somers, 1986; 25; énfasis nuestro).

25. La puesta en práctica de la tarea médica, la intromisión en el cuerpo, provoca una especie de destierro del sí-mismo. La materia expulsada de su cuerpo, el “líquido lactescente y espeso”, genera un extravío yoico dando cuenta de la conexión inherente entre corporeidad y existencia, interior y exterior. En otras palabras, lo expulsado, aquello que el discurso médico cataloga y entiende como dañino para el individuo, se transforma en la materialización del yo de la protagonista. El personaje no puede separar su ser de la materia corporal puesto que es esta última la que sostiene su psiquismo.
26. La práctica médica implica una deglución de la subjetividad. Por un lado, provoca una metamorfosis subjetiva en la que el sujeto se percibe a sí mismo con una forma diferente a la del cuerpo humano. Por otro, implica una separación: el yo deja de alojarse en la díada cuerpo/mente para estar y ser una instancia exógena.
27. En cuanto a la transformación que experimenta a partir de la toracocentesis, procedimiento quirúrgico que consiste en la extracción de líquido acumulado en la cavidad pleural, se observa que la mujer afirma: “tuve que verlo todo de reojo, el cómo iba yo saliendo de mí en forma de un líquido lactescente, espeso” (Somers, 1986; 25). Se produce un pasaje de lo interno a lo externo y una ubicación del yo en el desecho, en la linfa o bien, y por los adjetivos que lo caracterizan podría pensarse, también, en la secreción de una especie de líquido seminal o leche. Julia Kristeva (1988) definió lo abyecto como todo aquello que perturba y que interpela al yo por su falta de límites, por su putrefacción y por su fuera-de-lugar dentro de todo sistema de organización. Para Judith Butler (2002), estas zonas de exclusión son necesarias en la medida que funcionan como bordes constitutivos de los individuos que, dentro de una determinada sociedad, poseen la categoría de sujetos. Tomando en cuenta lo advertido por ambas filósofas, podría pensarse al “líquido lactescente, espeso” expulsado por la protagonista de Somers como una forma de la abyección⁸. No obstante, y lejos de servir como un límite para bordear su subjetividad, se transforma en el lugar que el personaje somersiano deposita su *yo*. Es decir que a ese lugar abyecto que ya ocupaba por su condición de enferma, la protagonista añade una ubicación que, desde la mirada de los individuos sanos, podría pensarse

8 Nuria Girona (2007), María Cristina Dalmagro (2009) y Nuria Calafell Sala (2010) apelaron a la noción de abyección de Kristeva para hablar del cuerpo-abyecto de Sembrando Flores.

como una exclusión aún mayor. En otras palabras: se transforma en lo abyecto de lo abyecto. Provocando, en consecuencia, no sólo una perturbación de la categoría de sujeto sino una nueva forma de existencia desde y en la marginalidad radical: los fluidos y la toxicidad que expulsa nuestro cuerpo.

Al vecino de arriba de mi departamento que bajaba por nuestras cañerías comunes con sus orinas lo enterraron el otro día y su última micción se fue al mar y en el pez que la tragó sigue vivo y si éste cae en la red yo me comeré a mi vecino muerto. (Somers, 1986; 40)

28. A diferencia de lo propuesto por Kristeva o por Butler, en Somers el desperdicio tiene valor ontológico: deja de ser lo otro del sujeto para pasar a ser la única forma de existencia posible. Lo abyecto es, en última instancia, una forma de trascendencia.

29. Del fragmento citado se desprende, también, la idea del ser ya no como algo estático sino, más bien, como un tránsito, un movimiento. Nótese, la transformación del ser del vecino al desperdicio, su orina, pero también el traslado físico que éste ejecuta por la ciudad, por el mar, por un animal, por otro individuo. La existencia, entonces, excede al cuerpo y al sujeto, incluso al tiempo y a la finitud humana, para propagarse y expandirse en y por otros. Un fin similar proyecta la protagonista respecto del líquido que le han extraído de su cuerpo y que, al igual que la orina de su vecino muerto, se ha transformado en su *yo*:

Luego del laboratorio entraría en la red subterránea, se iría viajando por la ciudad [...]. Y a eso quedaría reducido todo: la esencia, la existencia, pero principalmente el ser ahí como alguien muy oscuro y muy claro habría llamado al ser en el mundo. (Somers, 1986; 26)

30. La diseminación (Derrida, 1975) de frases como “alguien muy oscuro y muy claro”, “el ser-ahí”, “ser en el mundo” trazan una relación intertextual con *Ser y tiempo* de Martín Heidegger; recuérdese que el estilo de este filósofo alemán ha sido calificado repetidas veces como complejo, hermético y críptico⁹. Recuérdese también que, en este libro, Heidegger (1997) indaga sobre el ser y lo diferencia del ente. Sostiene que el ser humano es el único ente que se pregunta por su existencia (ser-ahí), aspecto que le vale el nombre de Dasein, y que se despliega en el mundo. Este *ser-en-el-mundo*,

9 Según Victoria von Scherrer -compiladora y personaje ficcional de *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* (1986b)-, *Ser y tiempo*, obra de Martín Heidegger publicada por primera en el año 1927, es el libro de cabecera que Sembrando Flores leía asiduamente durante su internación.

entendido como la relación y la interacción con todo aquello que lo rodea, es lo que le otorga su propiedad de sujeto.

31. A partir de lo expuesto, y en función de las nociones heideggerianas de *ser-ahí* y *ser-en-el-mundo*, podría pensarse que en ese gesto de ubicación en el desperdicio que ejecuta el personaje somersiano subyace un deseo de huida del encierro que representa el hospital. Ubicar su yo en el fragmento es lo que le permite no sólo subjetivar al líquido sino dotarse ella misma de existencia, entrar en contacto con los otros, contacto que le ha quitado el ensimismamiento, la objetivación y la ubicación como paciente dentro del sanatorio y la díada médicos/enfermos.
32. El carácter exógeno que adquiere el yo de la protagonista se observa en la fuga de su subjetividad hacia una sustancia que es, al mismo tiempo, ajena y propia al cuerpo y a la vez, extraña y conforme al psiquismo. Su yo no es ni el cuerpo ni lo que queda dentro de él sino la excreción. Somers plantea una nueva figuración del sujeto que, principalmente, es fragmento, pedazo, segmento: una subjetividad desgarrada, jirón corpóreo o excreción.
33. Si la enfermedad destruye al cuerpo en tanto que lo derrotado, entonces ya no hay sostén del sujeto. El yo solo es susceptible de existir a partir del despojo, de las excreciones de esa materia en desintegración. Al no haber posesión de un organismo en la medida que este se ha transformado en un objeto putrefacto de estudio, lo único viable es la vivencia de un cuerpo impropio. En *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*, en Somers, no hay más lugar para la subjetividad que el fluido, la excreción y la expulsión, una forma otra de existencia que pone en jaque el organismo y propone nuevos modos de vivencia, de vivir y, por qué no, de preexistir y perdurar, incluso, más allá de la muerte.

Bibliographie

BAJTÍN Mijaíl, *Problemas de la poética de Dostoievski*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012.

BARRANTES Ginette, “Armonía fuera de sí”, *Revista Estudios*, Costa Rica, n° 31, p. 1-12, 2015. Disponible en: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/estudios/article/view/22663>

BORDELOIS Ivonne, *A la escucha del cuerpo. Puentes entre la salud y las palabras*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, Libros del Zorzal, 2016.

BUTLER Judith, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, Buenos Aires, Argentina, Paidós, 2002.

CALAFELL SALA Nuria, *La convulsión orgiástica del orden: Sujeto, cuerpo y escritura en Alejandra Pizarnik y Armonía Somers*, Universitat Autònoma de Barcelona. Departament de Filologia Espanyola Editorial, Bellaterra, 2010. Disponible en: ncs1de1.pdf (uab.cat)

_____, "Ni fuera de mí ni dentro sino las dos cosas: la construcción de un cuerpo liminar en Alejandra Pizarnik y Armonía Somers", in María José Chivite de León, María Beatriz Hernández Pérez, María Eugenia Monzón Perdomo, eds., *Frontera y género: en los límites de la multidisciplinariedad*, Madrid, Plaza y Valdés, 2011, p. 75-86.

COLL Doreley Carolina, "La pulsación del discurso femenino en la modernidad después del 'pos': *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* de Armonía Somers", *Revista de Crítica Literaria latinoamericana*, Lima-Hanover, a. XXVIII, n° 56, 2002, p. 205-218. Disponible en: DOI: 10.2307/4531234.

DALMAGRO María Cristina, "Tensiones y distensiones: cuerpo, ciencia y ficción autobiográfica en *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*", 2006, (ponencia presentada en las II Jornadas Estudios Comparados, Santa Fe. Inédito).

_____, *Desde los umbrales de la memoria. Ficción autobiográfica en Armonía Somers*, Montevideo, Biblioteca Nacional, 2009.

DELGADO APARAÍN Mario, "Armonía Somers y el juego delirante que le enseñó a vivir en riesgo, pero sin miedo", *Búsqueda*, Montevideo, n° 500, 31 de agosto de 1989, p. 68.

DEL SARTO Ana, "Afectos y vínculos en *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*", *Dossier Armonía Somers, Revista Escritural. Écritures d'Amérique Latine*, Poitiers, n° 9, 2016. Disponible en:

http://www.mshs.univ-poitiers.fr/crla/contenidos/ESCRITURAL/ESCRITURAL9/ESCRITURAL_9_SITIO/PAGES/Bo5_DelSarto.html

DELEUZE Gilles y GUATTARI Félix, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, España, Pretextos, 2004.

DERRIDA Jacques, *La diseminación*. Madrid, España, Editorial Fundamentos, 1975.

_____, *El tiempo de una tesis: Deconstrucción e implicaciones conceptuales*. Barcelona, España, Proyecto A Ediciones, 1997.

GANDOLFO Elvio, “Entrevista a la narradora uruguaya Armonía Somers. En busca de la mandrágora”, *La Vanguardia*, Barcelona, 16 de febrero de 1988, p. 45.

FOUCAULT Michel, *El orden del discurso*, Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1996.

_____, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI editores, 2002.

_____, *Historia de la sexualidad*. 1- la voluntad del saber, Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI editores, 2006.

_____, *El poder psiquiátrico. Curso el Collège de France (1973-1974)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007

FREUD Sigmund, “El yo y el ello”, in J. Strachey (Ed.), *Obras completas. Volumen XIX: El yo y el ello y otras obras (1923-1925)*, STRACHEY J. (ed.) Buenos Aires, Argentina, Amorrortu, 1923, p. 1-63.

GIRONA Núria, “Indecibles e imposibles de la escritura: Armonía Somers y Clarice Lispector”, *Lectora*, Barcelona, n° 13, 2007, p. 101-114.

IBAÑEZ Agustina, “*Sólo los elefantes encuentran mandrágora: de la escritura del cuerpo o el cuerpo como escritura*”, 2016 (ponencia presentada en el Coloquio Internacional sobre la obra de Armonía Somers: “Locos por Armonía”, Santiago de Chile, Facultad de Letras Pontificia Universidad Católica de Chile. Inédito)

____, “Cuerpos subversivos: Armonía Somers y la mandrágora desnuda”, 2016 (ponencia presentada en el Workshop Homenaje a Juana Manuela Gorriti en el Bicentenario de su nacimiento, Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Inédito)

____, *Subjetividades marginales, cuerpo y escritura en la obra novelística de Armonía Somers*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2019. Disponible en: <http://humadoc.mdp.edu.ar:8080/handle/123456789/489>

____, “Recepción crítica”, in Somers, Armonía. *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*. Edición Crítica. María Cristina Dalmagro (Coord.) Universidad de Poitiers, Francia: CRLA-Archivos, 2023, pp. 399-479.

KANTARIS Elia Geoffrey, “Disemination Psychoanalysis: Armonía Somers”, *The Subversive Psyche: Contemporary Women’s Narrative from Argentina and Uruguay*, Oxford, Clarendon Press, 1995, p. 82-132.

KRISTEVA Julia, *Poderes de la perversión*, Buenos Aires, Argentina, Catálogos Editora, 1988.

LACAN Jacques, “El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, *Escritos1*, México, Siglo XXI, 2003, p. 86-93.

MAILHE Alejandra, “Las ficciones narrativas de Armonía Somers y la crítica al sistema de géneros”, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1995 (Inédito).

____, “Cuerpo fantástico e identidad de género en dos ficciones de Armonía Somers”, *Serie Monográfica*, Córdoba, vol. 1, n° 1, 1997, p. 87-108.

____, “El cuerpo como espacio de subversión fantástica en *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*”, *Mora*, Buenos Aires, n° 6, 2000, p. 120-126.

MIRAMONTES Ana María, *Oscilaciones estéticas en la narrativa de cuatro autoras sudamericanas: Norah Lange, María Luisa Bombal*,

Armonía Somers y Clarice Lispector, University of Pittsburgh, 2005 (tesis doctoral inédita).

MEYER Roberto, “La linfa desorbitada”, *Brecha*, Montevideo, n° 58, 28 de noviembre de 1986, p. 30.

MUSTO Laura, “La enfermedad de Sembrando Flores en *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* de Armonía Somers (Uruguay, 1914-1994)”, First Postgraduate Colloquium in Hispanic Studies, Universidad de Sheffield, Departamento de Estudios Hispánicos y en la Universidad de Liverpool, PILAS Conference, 1997.

NANCY Jean-Luc, *Corpus*, Madrid, España, Arena Libros, 2016.

NIEBYLSKI Dianna, “Sick Bodies, Corrosive Humor: Armonía Somers”, *Humoring Resistance. Laughter and the Excessive body in Latin-American Women’s Fiction*, New York, SUNY P., 2004, pp. 95-123.

_____, “Patologías postmodernas: reflexiones sobre los poderes de la abyección en *Solo los elefantes encuentran mandrágora*”, in Mabel Moraña y María Rosa Olivera Williams, eds., *El salto de Minerva. Intelectuales, género y Estado en América Latina*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2006, p. 254-268.

PERERA SAN MARTÍN Nicasio, “Armonía Somers: una trayectoria ejemplar”, in Rómulo Cosse, comp., *Armonía Somers, Papeles críticos*, Montevideo, Linardi y Risso, 1990, p. 17-38.

PENCO Wilfredo, “El amor en el centro del mundo. Viaje al corazón del día”, *Casa de las Américas*, Cuba, n° 161, marzo-abril 1987.

_____, “El amor en el centro del mundo. Viaje al corazón del día”, in Rómulo Cosse, comp., *Armonía Somers, Papeles críticos*, Montevideo, Uruguay, Linardi y Risso, 1990, p. 173-178.

SOMERS Armonía, “La mujer desnuda”, *Clima. Cuadernos de Arte*, Montevideo, a. 1, n° 2-3, octubre-diciembre, 1950, p. 73-126.

____, *La mujer desnuda*, contraportada José Carlos Álvarez, Montevideo, Tauro, 1966.

____, “Carta a Noemí Ulla”, Montevideo, 24 de octubre de 1985, párr. 3 (carta manuscrita inédita).

____, *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*, Buenos Aires, Legasa, 1986.

____, *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*, Barcelona, Península, 1988.

SONTAG Susan, *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*, España, Debolsillo, 1977.

ZANETTI Susana, “La dorada garra de la lectura en *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* de Armonía Somers”, in Roland Spiller, ed., *Culturas del Río de la Plata (1973-1995). Transgresión e intercambios*, Latinoamerika Studien, Universität Erlangen, Nürnberg, 1995, p. 453-464.

____, “Literatura y enfermedad en *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*”, in Noé Jitrik, comp., *Atípicos en la literatura latinoamericana*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1997, p. 47-56.

____, “La dorada garra de la lectura en *Sólo los elefantes encuentran mandrágora* de Armonía Somers”, *La dorada garra de la lectura. Lecturas y lectores de novela en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2002, p. 417-442.